

APUNTES PARA LA BIOGRAFIA DE SANTO DOMINGO DE LA CALZADA

Por Agustín Ubieto Arteta

Introducción

Difícil es atinar con la verdad, con la medida de lo justo, cuando se trata de describir la historia. Si ésta es sobre un hecho, una persona, una institución actuales, porque la abundancia de documentación puede crear un monstruo; si se hace sobre un pasado lejano, generalmente carente de documentos, se puede caer en el raquitismo histórico, en fórmulas manidas, en un salir del paso.

El presente es un ejemplo típico del segundo caso. De un hombre santo se ha hecho un mito porque, a pesar de los muchos estudios biográficos que se le han dedicado, casi ninguno ha arrancado de una base suficientemente fundamentada: el documento escrito coetáneo. Sus biógrafos se han echado en manos de la leyenda, de las fábulas, de la costumbre, y nos han presentado una versión-caricatura que no beneficia en nada a la verdad histórica.

De cualquier manera no es éste el único caso. La hagiografía

Este trabajo fue premiado en el *XIV Certamen de Exaltación de Valores Riojanos*, Logroño, 1968.

El texto que publicamos es prácticamente el del original galardonado, excepto las modificaciones correspondientes a algunas notas que hoy revelan la identidad del autor. (Nota del Autor).

Al dar a la publicidad el presente artículo deseo hacer constar que lo escrito, como indica su título, no pretende tener más alcance que el de unos meros *apuntes, guión de trabajo* o *notas* de base para la biografía del santo calceatense. (Nota del Autor).

en general está jalonada de vidas de santos absurdas, ñoñas, como si éstos no hubieran sido hombres igual que nosotros, como si fueran entes sobrenaturales en sí, sin darse cuenta de que si hubieran sido tales seres sobrenaturales no tendríamos razones para admirarles.

Ahora bien, eso ha sido fruto de las modas, que en Historia también se dejan sentir. Más del noventa por cien de las biografías dedicadas a Domingo de la Calzada se escribieron entre los siglos XVII al XIX, centurias en las que, en materia histórica, se atiende más a lo descriptivo y narrativo que a lo estrictamente crítico. Centurias en las que la Historia-ciencia se hace de una manera intuitiva más que sobre el estudio de fuentes verdaderas.

Así nacen la *Historia de la vida y milagros de Santo Domingo de la Calzada*, de Luys de la Vega (Burgos, 1606); la *Historia de Santo Domingo de la Calzada, Abrahán de la Rioja, patrón del Obispado de Calahorra y la Calzada, y noticia de la fundación y aumentos de la Santa Iglesia cathedral y ciudad nobilísima de su nombre, sus hijas*, por Joseph González de Tejada (Madrid, 1702); el *Compendio historial de la provincia de la Rioja, de sus santos y milagros santuarios*, de Matheo de Anguiano (Madrid, 1704); la *Historia del glorioso Santo Domingo de la Calzada*, de Mariano Barruso (Logroño, 1887); el *Compendio de la vida y milagros de Santo Domingo de la Calzada y reseña histórica de su ciudad*, de Juan Cruz Busto Senra (Santo Domingo de la Calzada, 1909), etc...

Sólo Joaquín de Entrambasaguas en su *Santo Domingo de la Calzada. El ingeniero del cielo* (Madrid, "Biblioteca Nueva", 1940), sale de esta monotonía, aunque se aparte en su relato de lo estrictamente histórico para derivar a otros campos de la ciencia literaria.

De Santo Domingo de la Calzada se habla fugazmente en otros muchos lugares: en las *Actas Sanctorum*; en el *Compendio historial*, de Garibay; en *Año Cristiano*, de Justo Pérez de Urbel, etc...

Sin embargo, creemos que está por hacer su verdadera biografía, la auténtica, en la que el mito se diga que es mito y lo real, real. Donde se presente al hombre y su obra y, fruto de ambos, la santidad. Podría constituir una buena tesis doctoral. Y Santo Domingo saldría beneficiado.

Porque hay, sin duda alguna, un Domingo de la Calzada economista, administrador de bienes, como se rastrea en la documentación calceatense que pretendemos dar a la luz; hay también en él un sociólogo que merecerá por su obra la atención de los reyes de

Castilla; un repoblador; un fundador. Facetas todas ellas eclipsadas ciertamente por las de arquitecto, monje, factor de milagros, de las que se ha hablado en todos los sitios y no deben oscurecer a aquéllas. Porque la personalidad de Domingo de la Calzada es la suma total de todos estos factores. Y la suma total está por hacer todavía.

En estas breves líneas será imposible condensar lo que fue la dilatada vida de Domingo. Por lo tanto, éstas no son más que un esbozo, unos apuntes de lo que, a pesar de lo realizado, resta por investigar o aclarar sobre el Santo.

Domingo, hombre de su tiempo

Para alcanzar a entender la verdadera gesta y la personalidad de Domingo de la Calzada hay que valorar justamente su actuación como hombre, pero no como hombre elegido, casi sobrenatural, sino como un ser que convive con otros, que se debe a otros, que llegará a la santificación merced a que ha luchado por hombres como él. Es decir, hay que enraizar a Domingo de la Calzada en su tiempo y comprobar si es merecedor de haber vivido en su entorno.

Lo de menos es saber si nació o no en Vitoria, entre Grañón y Belorado, en fecha desconocida o, por lo menos, no comprobada. Lo que importa es saber que vive a caballo de los siglos XI y XII, período de tiempo interesante desde varios puntos de vista: político, económico, social, religioso.

Por los años en que debió nacer Domingo de la Calzada, la Península atraviesa un momento trascendental de su historia. Políticamente, la España cristiana va a sacar el jugo a la musulmana en forma de parias, enriqueciéndose. La frontera entre ambos mundos se fijará en el Sistema Central. Y monarquía, nobleza y clerecía castellano-leonesas acometerán la ingente tarea económico-social de la repoblación del país (1). Es el momento en que nace toda una *floración de ciudades* que participa del resurgimiento urbano europeo de esta centuria, resurgimiento urbano hijo del económico. Así nacerán Jaca (1077) y Estella (1090) y se reorganizarán las de Santiago, Lugo, Sahagún, Logroño, Carrión de los Condes...

A lo largo de vías establecidas, de las que sobresale la del

(1) José M.^a LACARRA: *Peregrinaciones a Santiago*. C. S. I. C. (Madrid, 1949), t. II, págs. 162 y ss.

Camino de Santiago, el comercio recibe sangre nueva, poniendo en movimiento el oro musulmán. En fin, España, aunque dividida en reinos diversos, *se europeiza* (2), es decir, se pone en *comunicación con Europa*.

Religiosamente, la España cristiana vuelve sus ojos a Roma, con quien había perdido toda relación desde que, en el siglo VIII, la invadieran los musulmanes. Es el siglo en que el *arte románico* se enseñorea de nuestra patria del Sistema Central fronterizo para arriba.

Pues bien, vistos vertiginosamente los fundamentos principales de este siglo XI cristiano hispánico, no queda sino decir que Domingo de la Calzada fue significado partícipe en muchos de ellos.

Comencemos por su aportación más conocida, la relativa al Camino o Calzada de Santiago. Efectivamente, el siglo XI sirve de fijación definitiva del Camino, pues, por un lado, la estabilización política y, por otro, la abundancia material, permitieron trazar la ruta idónea, valiéndose de importantes obras de ingeniería, generalmente puentes, como los de Logroño, Ponferrada, Puente la Reina, etc., amén del construido por nuestro personaje.

En efecto, el antiguo *camino* iba de Nájera, por Leiva, a Brieviesca, pero, habiéndose convertido Burgos en capital del recién estrenado reino de Castilla, los peregrinos tendieron a alcanzar esta ciudad, a través de los Montes de Oca, paso natural (3).

Tradicción e historia caminan acordes al señalar a Domingo de la Calzada, ex-pastor de ovejas en su infancia, como el constructor de la *ruta* entre Nájera y Redecilla del Camino, colaborando humanitariamente en la ingente tarea emprendida por los reyes Sancho Ramírez (en Aragón y Navarra) y Alfonso VI (en Castilla y León).

A la mano de Domingo se debieron el acondicionamiento del Camino en este tramo, así como la construcción de un puente sobre el Oja, mejoras ambas de tal relieve que la *ruta jacobea* se trasladó definitivamente hacia el sur. En este punto, todos los biógrafos de nuestro personaje echan el resto comentando la resistencia de los habitantes de estas tierras a colaborar en una empresa que, a la par que humanitaria, era económica, circunstancia por otra parte nunca nueva.

Ahora bien, junto a esta calzada y esos puentes, o junto a las

(2) Antonio UBIETO ARTETA: *Introducción a la Historia de España*. Ed. Teide, 4.^a ed. (Barcelona, 1967), págs. 152 y ss.

(3) José María LACARRA: Op. citada, pág. 162.

ciudades-etapa a lo largo del Camino, fueron surgiendo hospederías y hospitales, albergues de peregrinos, obras estatales —diríamos— unas, piadosas, y particulares las más, que dieron seguridad y cobijo al caminante en una época en que los campos y caminos eran inseguros y temidos a causa de los bandidos que vivían de ellos.

En este aspecto, Domingo de la Calzada tuvo también algo que decir fundando, en el lugar que eligiera para su retiro primitivo, una hospedería en la que, personal y desinteresadamente, atendía a todo aquel que pasara hacia o de Santiago. Este es lisa y llanamente el origen de lo que hoy es la ciudad de Santo Domingo de la Calzada, pues la hospedería engendró, como en tantos otros puntos del Camino, una aglomeración humana donde, desde un principio, se combinaron los distintos aspectos que en sí entrañó la *vía jacobea*: artísticos, religiosos, económicos, repobladores, etc...

Existe un tercer aspecto, en esta visión de Domingo como hombre de su época, que es digno de tener en cuenta. El aspecto más que social —porque social es toda su obra—, repoblador y organizador de toda una comarca que va del río Najerilla al Tirón, puesto que al vitalizarla con la fijación del Camino, originó riqueza, afinó comerciantes, labriegos, artesanos; dio, en fin, nacimiento a una comunidad nueva. Y en el centro de esta comarca amplia no sólo dio origen a la ya citada ciudad de Santo Domingo de la Calzada actual, sino que organizó su dilatada vida.

Es curioso, pero nadie se imagina a Domingo de la Calzada comprando tierras, recibiendo donaciones, efectuando cambios y permutas para configurar lo que habría de ser el patrimonio de su fundación y el núcleo físico del Santo Domingo-ciudad actual. Para ello hay que recurrir a la documentación, todavía virgen en su mayor parte (4), donde él o sus sucesores reciben heredades, donadas para la santa casa fundada por él, compran campos, lugares, amasando la fortuna que ha de servir de sostén a sus piadosas fundaciones: la hospedería, el hospital, el puente, la iglesia.

Domingo es, sin lugar a dudas, hijo de su época, viviendo sus problemas y tratando de darles una solución cristiana. Y aquí nos empezamos a identificar ya con el Santo. Domingo se preocupa del

(4) El autor de estos *Apuntes biográficos* ha realizado un estudio (hoy inédito) de parte de la documentación de Santo Domingo de la Calzada de los siglos XI, XII y XIII, titulado *Cartulario de Santo Domingo de la Calzada*, en el que se basa para hacer parte de las afirmaciones del trabajo.

Camino que le dará su sobrenombre por sus peregrinos, no por su dinero; Domingo organiza un nuevo núcleo de población que aún perdura, porque al calor de la hospedería acuden pobladores; Domingo, con su santo quehacer, repuebla una extensa zona, la vivifica, como en otros casos hicieran comunidades enteras.

Pronto su obra comenzó a cobrar fama. Y lo que es más, el beneplácito real. Así nos lo muestra Alfonso VI (1076) cuando pasa con sus ejércitos a reconquistar la Rioja (5), entrevistándose con Domingo, al que beneficia con tierras y anima a proseguir por el mismo camino. Desde entonces el nuevo núcleo de población creció al amparo de los monarcas castellanos, aun después de muerto el artífice, en 1109.

Alfonso el Batallador, rey de Castilla por matrimonio con Urraca, tomaría bajo su protección todo lo perteneciente a Santo Domingo de la Calzada (1112) (6), añadiéndole bienes, primero lugares en Jubarte (1125), luego en Bilibio (1113), cerca de Bañares (7).

Consolidada ya la obra de Domingo, Alfonso VII la haría objeto de atenciones especiales, señalando sus términos (1136) (8), concediendo franquicias a los habitantes del nuevo *burgo de Santo Domingo*, como se le llamaba (1141), franquicias sobre disfrute de selvas, pastos, montes, aguas, etc., y confirmación de todas las donaciones y concesiones que se habían hecho a los pobladores del nuevo burgo (9).

El *burgo de Santo Domingo* adquirió velozmente tal importancia que pronto habrían de disputárselo los obispos de Calahorra y Burgos, episodio tantas veces repetido en nuestra Edad Media, hasta que, en este caso, Alfonso VII tomó cartas en el asunto para decidir a favor de aquél (10).

(5) José M.^a LACARRA: Op. citada, pág. 163.

(6) Documento núm. 1 de los estudiados por el autor de este trabajo (vid. nota núm. 4).

(7) Vid. nota núm. 4, documentos núms. 7 y 8.

(8) Vid. nota núm. 4, documento núm. 10.

(9) Vid. nota núm. 4, documento núm. 11.

(10) Agustín UBIETO ARTETA: *Documentos de la catedral de Calahorra (primera serie)*, obra inédita, docs. 41 y 42, de hacia 1140 y 1141, respectivamente.

La humanitaria obra de Domingo de la Calzada

Mal estaría seguir hablando de Domingo de la Calzada si no relatáramos algo de lo que pudiéramos calificar de obra humanitaria, por llamarle de alguna manera, puesto que tan humanitario es cuanto acabamos de tratar como los hechos que se consideran generalmente como tales.

Debía rozar los veinte años de edad cuando se asienta en un bosque de la vega del río Oja (1044), por entonces semidesierta (11), a donde llega herido en su vocación hacia Dios, pues ha sido rechazado como presunto monje en el monasterio de San Millán de la Cogolla y en la abadía de Santa María de Valvanera, y como compañero de un anacoreta que tiene su morada en los montes que rodean al San Lorenzo (12).

Poco antes (1040) alcanzaba la Península como legado de Benedicto IX, Gregorio, obispo de Ostia, a quien Domingo de la Calzada —tres veces rechazado como monje— deberá, si no su fe, sí sus enseñanzas. Con él recorrerá el país durante cuatro cortos años, hasta que en 1044 fallezca su maestro, acontecimiento que llevará a Domingo, como acabamos de decir, al valle del Oja citado. De cualquier manera, éste es un momento y una circunstancia de su vida que valdría la pena de aclarar históricamente.

Es aquí donde comienza a compaginar su fe, su entrega a Dios y a sus semejantes con los problemas reales que le rodean, que le configuran como hombre de su tiempo y que, en parte, acabamos de tratar.

Por estas tierras sabe de las *penalidades de los peregrinos* que se pierden de la Ruta Jacobea del norte; conoce la falta de *asistencia hospitalaria*; se entera de las *malas condiciones que presenta el río* en épocas de crecida; le duelen las *escenas de bandidaje* que sufren a menudo los romeros.

Y sólo así, sin ayuda de nadie —más bien con la desaprobación de los pueblos limítrofes—, sin medios económicos, pero con la fuerza que dan fe y juventud, emprende la tarea que cristalizará

(11) Justo PÉREZ DE URBEL: *Año Cristiano*. Ed. Fax (3.^a edición), t. II (Madrid, 1945), pág. 343.

(12) Estos datos están sobradamente tratados en cualquiera de las obras reseñadas en la Introducción de estos *Apuntes*, referentes todas ellas a la vida del santo calceatense, con profusos detalles que nos resistimos a repetir, dada la limitación espacial de este trabajo.

en un puente, un camino, un hospital, una hospedería, un convento, una catedral, una ciudad, un altar.

El ermitaño —como dice Pérez de Urbel— *era enfermero, médico, cocinero, albañil y arquitecto* (13). Y a cada uno de estos oficios se entregó con ímpetu renovado, desdoblándose.

Sus ingresos, limosnas primero; luego, donaciones piadosas hechas a cambio de un lugar donde reposar eternamente cerca del Santo (14). Al final, la iglesia, surgida en torno a su primera ermita, habría de alcanzar el honor de ser constituida primero colegiata (15) y luego catedral (16). Y él mismo habría de convertirse en *maestro de futuros monjes*, incluso de un futuro santo, continuador de su extraordinaria obra, Juan de Ortega.

Su lección, contando con la protección real que supo merecer —como se ha dicho—, fue continuada por los que fueron abades de Santo Domingo de la Calzada: Munio, Sancho, Lope, Pedro, Diego, etc. (17), personajes a estudiar a través de la documentación existente.

La presencia de Domingo en milagros y leyendas milagrosas

Nada más morir Domingo de la Calzada (12 de mayo de 1109), el núcleo de población originado por él comenzó a recibir el ya citado nombre de *burgo de Santo Domingo*. Alfonso I el Batallador, por ejemplo, al tomar bajo su protección todo lo perteneciente a la nueva población (1112), se refiere a *Santo Domingo* (18), es decir, llama a la ciudad *Santo Domingo*. La documentación inmediatamente posterior no lo sabe citar ya de otra manera.

Es decir, *Domingo de la Calzada ganó al día siguiente de morir el honor de la santidad*, otorgado por quienes fueron sus contemporáneos. Los motivos para alcanzar este trato y consideración especiales, más que hechos sobrenaturales fueron trabajos de cada día: socorrer, ayudar, auxiliar, dar de comer, escuchar, entregarse, per-

(13) Justo PÉREZ DE URBEL: Op. citada, pág. 348.

(14) Vid. nota núm. 4, documentos núms. 3, 4 y 5.

(15) Fue ascendida a colegiata por Rodrigo de Cascante, obispo de Calahorra, en 1152.

(16) Honorio III la hizo *hermana* de la iglesia de Calahorra en 1227.

(17) Vid. nota núm. 4, documentos varios.

(18) Vid. nota núm. 4, documento núm. 1.

donar. Motivos todos ellos más que suficientes, por la intensidad con que los prodigó, para añadirle el santo calificativo.

Sin embargo, poco a poco, *la imaginación humana se encargó de redondear la figura del Santo calceatense*. Y entramos aquí en un terreno que, a través de pertinentes estudios, convendría aclarar. Porque indudablemente en muchos de estos aspectos hay mucho de realidad, pero tan teñida de imaginación, de leyenda, que pueden enmascarar la figura auténticamente real del ermitaño del Oja.

Además no nos debe asustar el hecho, por natural y repetido. Considérese sólo la época que estamos atravesando —siglo XI—, cuando se gesta la epopeya del Cid, cuando a través del Camino Jacobeo penetran en España cientos de leyendas, que se relatan en cada hospedería, en cada pórtico de iglesia.

Por ejemplo, *leyenda* es, sin ningún género de dudas, el relato de que el Niño Jesús quisiera ser cogido en brazos de Santo Domingo de la Calzada para atravesar el río Oja, como antaño hiciera San Cristóbal, el forzado santo oriental (19), leyenda que recogen todos los hagiógrafos reseñados, como cuentan toda una serie de milagros realizados por Domingo para ganarse a sus vecinos en la tarea constructora del puente y de la calzada jacobea, milagros algunos de los cuales aparecen inmortalizados en la piedra de su sepulcro, construido en 1440, demasiado tarde.

Según la historia o la leyenda, peregrinos de toda Europa se vieron favorecidos con *milagros prodigiosos* ante la tumba del santo: el normando que recobra la vista del ojo definitivamente perdido; el francés que no necesita ya ir a implorar a Santiago, como se le había recomendado, porque ante el sepulcro de Domingo queda libre de los malos espíritus que le invadían; otro francés que, a la vista de la ciudad logroñesa, cura de su mal de ojos repentinamente; el alemán que ve sanada su infección purulenta ante el sepulcro del santo calceatense, muy andado el siglo XIV... (20).

Pero el milagro más conocido o, mejor dicho, el legendario milagro más conocido atribuido a Santo Domingo de la Calzada es el relativo al gallo y a la gallina, que todavía se perpetúan en la actua-

(19) Justo PÉREZ DE URBEL: Op. citada, pág. 348.

(20) Todos estos milagros y otros muchos más pueden conocerse detenidamente consultando cualquiera de las biografías reseñadas en la Introducción de estos *Apuntes*.

lidad en la seo calceatense, restos de una tradición piadosa bien conservada, afortunadamente.

El argumento no hemos de relatarlo aquí, por muy conocido. Es preferible enviar al lector interesado a quien —el señor Caumont— en 1417 lo oyó relatar en el mismo lugar de los hechos (21). Resumidamente diremos que se trata de un ahorcado injustamente por la “justicia”, y que es salvado de la muerte por mediación de Santo Domingo de la Calzada.

Ahora bien, el milagro del ahorcado vivo, o que después de ser ahorcado vive, y de las aves resucitadas deja mucho que desear en cuanto a su autenticidad. Lo cierto es que se trata de un tema jacobeo extendido por la peregrinación y recogido en varios puntos del Camino, tanto en España como en el resto de Europa (22), con versiones múltiples, entre las que la calceatense se sale de lo corriente, puesto que cambia el santo mediador, pues mientras en todos los demás lugares de la Ruta Jacobea se atribuye este milagro a Santiago, aquí será Domingo en lugar del Santo compostelano.

La versión del milagro *del gallo y la gallina* atribuido a la mediación de Domingo de la Calzada está extendida por toda Europa occidental: Alemania, Francia, Italia, y forma parte de la iconografía religiosa del occidente europeo, colaborando sobremanera a propagar la celebridad de nuestro Santo.

Y si hoy en día no se despluma a los blancos volátiles para dar constancia y firmeza del milagro entre los romeros, día hubo en que toda Europa se inundó de plumas de los ejemplares calceatenses, plumas exhibidas en los sombreros y que milagrosamente nunca se agotaban, como dice un poco incrédulamente Marineo Sículo (23).

(21) Jeanne VIELLIARD: *La Guide du Pèlerin de Saint-Jacques de Compostelle* (Macon, 1938). La edición francesa recoge el *Voitage à Saint Jaques en Compostelle et à Notre Dame de Finibus Terre, en l'an 1417*, del Seigneur de Caumont, quien refiere el hecho.

(22) Luis VÁZQUEZ DE PARGA, J. M.^a LACARRA y J. URÍA: *Peregrinaciones a Santiago* (Madrid, 1948), t. I, págs. 575 y ss., donde se cita la mucha bibliografía que hay sobre el tema.

(23) Lucius MARINEUS SICULUS: *Opus de rebus Hispaniae memorabilibus*, en t. I de *Hispania Illustrata*, de A. Schott (Francfort, 1603), donde dice textualmente sobre el caso: “Magnae quoque admirationis est, quod omnes per hanc urbem transeuntes peregrini, qui sunt innumerabilis, galli hujus et gallinae plumam capiunt, et numquam illis plumae deficiunt. Hoc ego testor, propterea quod vidi et interfui, plumamque mecum fero”.

Significado actual de Santo Domingo de la Calzada

No quisiéramos, sin embargo, concluir estos *Apuntes* sumarísimos sin formular votos fervientes para que, arrastrados por la brisa de renovación eclesiástica que se respira en la actualidad, le tocara el turno a nuestro gran Santo.

Es conveniente hacer una biografía seria, científicamente seria, que pusiera cada cosa en su sitio. Veracidad por un lado, leyenda por otro. A nuestro Domingo de la Calzada no le hace falta propaganda. La buena fama y la santidad se las labró él solo con su actuación como hombre. Pero es claro que no se puede evitar que los personajes famosos corran de boca en boca, de página en página, se haga leyenda y mito de ellos y se falsee su verdadera forma de ser. Realidad y leyenda. Deben saberse ambas, pero diferenciadas, claramente diferenciadas.

Domingo fue un santo popular ya en su tiempo, en el siglo XI, incluso cuando aún no se sabía del famoso milagro *ahorcado-gallo-gallina*, por el que hoy se le mide en gran parte. El hito que señalara en el Camino, su obra humanitaria, sus altas virtudes, todo ello era tema corriente de la peregrinación.

Desde luego *es el más famoso de todos los santos españoles del siglo XI* subidos a los altares. Ni San Veremundo de Irache (m. 1100) ni San Olegario de Tarragona (n. 1060), ni San Sisebuto de Cardaña o San Iñigo de Oña, San García de Arlanza, Santo Domingo de Silos o San Fagildo de Antealtares, estos cinco últimos presentes en el traslado de las reliquias de San Isidoro a León (diciembre de 1063) (24), ninguno de ellos, insistimos, alcanzó la fama de Domingo de la Calzada, y eso que muchos de ellos vivieron también al filo del Camino Jacobeo y, por lo tanto, con las mismas posibilidades propagandísticas. Ello significa que, en igualdad de condiciones, es la obra la que les diferencia.

Aun hoy, Santo Domingo de la Calzada no es sólo un topónimo, un lugar en la Ruta. Queda y perdura el espíritu del Santo y su recuerdo, rememorado en el folklore comarcal, testimonio de siglos.

Como testimonio es también la iglesia calceatense catedralicia, aunque de la obra que levantara personalmente el Santo en 1105 (25)

(24) Antonio UBIETO ARTETA: Op. citada, pág. 154.

(25) Vicente LAMPÉREZ Y ROMEA: *Historia de la arquitectura cristiana española* (Madrid, 1930).

y que fuera consagrada en 1106 por el obispo calagurritano Pedro, queda muy poco, enmascarada o sustituida por añadidos y edificaciones posteriores, sobre todo por las obras comenzadas en 1168 con la ayuda de Alfonso VIII.

Hoy Domingo, nacido español en el siglo XI, es igualmente europeo merced a la fuerza expansiva del Camino, a través de su arte y de su literatura.

Patrón de los ingenieros, Domingo de la Calzada simboliza la constancia, pétreo como su puente.

Peregrinos de hoy, después de cinco siglos consecutivos de que naciera la leyenda del gallo y la gallina, homenaje popular al Santo riojano, sentimos la misma sensación que el peregrino de antaño, que le llevaba y nos lleva a entonar así:

*Oh!, que nous fûmes joyeux
quand nous fûmes à Saint-Dominique
en entendant le coq chanter
et aussi la blanche geline;
nous sommes allés vers la Justice,
où resta trente-six jours l'enfant
que son père trouva en vie
de Saint-Jacques en revenant... (26).*

(26) J. B. DARANATZ: *Chansons des pèlerins de Saint-Jacques*. ("Curiosités du Pays Basque"), t. II (Bayona, 1917), págs. 23, Chanson II, estrofa segunda, tomado a través de J. M.^a LACARRA: *Peregrinaciones a Santiago*.